

NITA PROSE

La
CAMARERA

TRADUCCIÓN DE ÁNGELA ESTELLER



Duomo ediciones

Barcelona, 2023

A Jackie

PRÓLOGO

Soy tu camarera. Soy la que limpia tu habitación de hotel, la que entra como un fantasma mientras tú estás por ahí, deambulando todo el día, sin realmente preocuparte por el desorden que has dejado atrás o por lo que yo pueda encontrarme una vez que te has marchado.

Soy la que vacía tus papeleras, en las que has tirado los tickets que no quieres que nadie encuentre. Soy la que cambia tus sábanas, la que puede decir si has dormido en ellas o si la noche anterior tuviste compañía. Soy la que coloca tus zapatos al lado de la puerta, la que sacude las almohadas y encuentra algún que otro cabello. ¿Tuyos? No creo. Soy la que limpia después de que en plena borrachera salpiques el asiento del inodoro o algo peor.

Cuando termino mi trabajo, dejo tu habitación prístina. Tu cama está pulcramente hecha, con cuatro almohadas bien mullidas, como si nadie la hubiese utilizado nunca. El polvo y la suciedad que has dejado a tu paso han sido aspirados y convertidos en recuerdo. El reluciente espejo te devuelve el reflejo de un rostro inocente. Es como si nunca hubieses estado aquí. Como si toda tu basura, todas tus mentiras y engaños hubiesen sido borrados.

Soy tu camarera. Y sé muchas cosas de ti. Pero, en el fondo, lo que importa es: ¿qué sabes tú de mí?



R G H

Lunes



R E G E N C Y G R A N D H O T E L



CAPÍTULO
1

Soy muy consciente de que mi nombre es ridículo. No era ridículo antes de que aceptara este trabajo, hace cuatro años. Soy camarera de piso en el hotel Regency Grand y mi nombre es Molly. Molly Maid. Menuda broma.* Antes de que aceptara el trabajo, Molly era solo un nombre que me había dado mi distante madre, la cual me abandonó hace tanto tiempo que ni siquiera albergo recuerdos de ella; solo unas pocas fotos y las historias que Gran me ha contado. Ella me contó que mi madre pensaba que Molly era un nombre bonito, que le recordaba a mofletes y coletas. Da la casualidad de que no tengo nada de eso. Mi pelo es bastante común: una melenita corta bien marcada y de tono oscuro. Me lo peino con la raya en medio, exactamente en medio. Y lo llevo siempre liso. Me gustan las cosas sencillas y limpias.

Tengo los pómulos marcados y una piel pálida que hace que la gente se maraville, a saber por qué. Soy tan blanca como las sábanas que quito y pongo una y otra vez, durante todo el día, en las veintitantas habitaciones que preparo para los

* Molly Maid es el nombre de una empresa de limpieza a domicilio. *Maid*, en inglés, se traduce por «criada», «sirvienta», «camarera» o «doncella». (*N. de la T.*)

apreciados huéspedes del Regency Grand, un exclusivo hotel *boutique* de cinco estrellas que se enorgullece de ofrecer «sofisticada elegancia y la etiqueta apropiada para los tiempos que corren».

Nunca pensé que acabaría ejerciendo tan noble trabajo en un hotel de categoría. Sé que hay gente que piensa lo contrario, que ser camarera es ser una doña nadie. Sé que se supone que todos debemos aspirar a convertirnos en doctores, abogados o ricos magnates del negocio inmobiliario. Pero yo no. Estoy tan agradecida por mi trabajo que cada día tengo que pellizcarme. En serio. Y más ahora, sin Gran. Sin ella, la casa ya no es igual. Es como si todos los colores del apartamento que compartíamos se hubiesen desteñido. Sin embargo, en el preciso momento en que entro en el Regency Grand, el mundo vuelve a ser en tecnicolor.

En cuanto apoyo la mano en la lustrosa barandilla de latón y subo los peldaños escarlatas que conducen al majestuoso pórtico del hotel, soy Dorothy adentrándose en Oz. Empujo las relucientes puertas giratorias y me veo a mí misma, a mi verdadero yo, reflejada en el cristal; el pelo negro y la palidez son omnipresentes, pero un rubor regresa a mis mejillas al recuperar mi razón de ser.

Una vez que he dejado las puertas atrás, suelo detenerme para captar la majestuosidad del vestíbulo. Nunca se deslustra. Nunca luce un aspecto apagado o polvoriento. Nunca está decaído o abotargado. Por suerte, está siempre igual, día tras día. A la izquierda se encuentra Recepción y el conserje, con su mostrador de obsidiana y los elegantes recepcionistas vestidos de blanco y negro, como si fueran pingüinos. Y allí está el amplio vestíbulo, que se extiende en forma de cerradura, con suelos de mármol italiano blanco que brillan por su limpieza y que hacen que la mirada se dirija arriba, hacia la terraza del

segundo piso, con sus decoraciones *art déco* y su magnífica escalera de opulentos y relucientes pasamanos, serpientes que suben zigzagueando hasta boliches dorados sujetos por unas mandíbulas de latón. Los huéspedes a menudo se detienen en las barandillas, con una mano apoyada en un reluciente poste, y contemplan la gloriosa escena a sus pies: botones que se cruzan arrastrando maletas, otros huéspedes que se reclinan en las suntuosas butacas o parejas que se ocultan en los confidentes esmeraldas para contarse secretos que su mullido terciopelo absorbe.

Sin embargo, mi parte favorita del vestíbulo quizá sea la sensación olfativa, ese primer soplo impregnado de fragancias que me llega cuando aspiro el aroma del hotel al inicio de cada turno: la combinación de los delicados perfumes de las damas, el penetrante almizcle de los sillones de cuero, la chispa ácida del producto con olor a limón que se utiliza dos veces al día para lustrar el reluciente suelo de mármol. Es la mismísima esencia del alma. Es la fragancia de la vida misma.

Cada día, cuando llego al Regency Grand para trabajar, noto que revivo, me siento parte del material con el que están hechas las cosas, parte de su esplendor, de sus colores. Soy parte del diseño, un cuadrado brillante y único, esencial en esa rica complejidad.

Gran solía decirme: «Si te gusta tu trabajo, no trabajarás ni un solo día de tu vida». Y tenía razón. Cada día laborable es una alegría para mí. Nací para hacer este trabajo. Me encanta limpiar. Me encanta mi carrito de camarera y me encanta mi uniforme.

A primera hora de la mañana no hay nada mejor que un carro de camarera equipado con todo. Es, en mi humilde opinión, una cornucopia de grandeza y belleza. Los paquetitos de jabones que huelen a azahar envueltos con delicadeza y por

estrenar, los diminutos frascos de champú Crabtree & Evelyn, las achaparradas cajas de pañuelos, los rollos de papel envueltos en un higiénico plástico, las toallas de color blanco nuclear en tres diferentes tamaños –tocador, lavabo y baño– y las pilas de servilletitas para el servicio de té y café. Y por último, aunque no por ello menos importante, el kit de limpieza, que incluye un plumero, cera abrillantadora con aroma a limón, bolsas de basura antisépticas ligeramente perfumadas y una impresionante colección de espráis disolventes y desinfectantes, todos ellos dispuestos y listos para combatir cualquier mancha, ya sean anillos de café, vómito o incluso sangre. Un carrito de camarera bien equipado es un milagro portátil de la higiene; es una máquina de limpiar con ruedas. Y, como ya he dicho, es una auténtica belleza.

Y mi uniforme. Si me obligaran a elegir entre él y el carro, no sé si sería capaz. El uniforme representa mi libertad. Es la mejor capa de invisibilidad que existe. En el Regency Grand se ocupan de él a diario en la lavandería, situada bajo el vestíbulo, en las húmedas entrañas del hotel, a unos pasos de nuestro vestuario. Cada día, antes de que llegue al trabajo, alguien cuelga el uniforme de la puerta de mi taquilla. Viene envuelto y encerrado en un plástico, con una pequeña etiqueta en la que han garabateado mi nombre con un rotulador negro. Qué alegría da verlo cada mañana, mi segunda piel, limpia, desinfectada y recién planchada, que huele a una mezcla de papel nuevo, piscina interior y vacío. Un nuevo principio. Es como si el día de ayer y todos los anteriores se borrarán de golpe y nunca hubieran existido.

Cuando me pongo el uniforme de camarera –no uno de estilo anticuado como los de *Downton Abbey* ni tampoco el típico cliché de conejita de *Playboy*, sino uno que consiste en una camisa de etiqueta almidonada de un blanco resplande-

ciente y en una ajustada falda lápiz de color negro (confeccionada con tejido elástico para facilitar los movimientos)–estoy completa. Una vez que me he vestido para mi jornada laboral, me siento más confiada, como si supiera lo que tengo que decir y hacer –al menos, la mayoría del tiempo–. Y cuando me lo quito al terminar el turno, me siento desnuda, desprotegida, inacabada.

Debo confesar que suelo tener problemas con las situaciones sociales; me siento como si todo el mundo tomara parte en un elaborado juego con complejas reglas que todos conocen y en el que yo siempre participo por primera vez. Cometo errores de etiqueta con una regularidad alarmante, ofendo al querer elogiar, malinterpreto el lenguaje corporal, digo siempre lo que no debo cuando no debo. Es solo gracias a Gran, mi abuela, que sé que una sonrisa no significa necesariamente que alguien esté feliz. A veces, la gente sonrío cuando se ríen de ti. O te dan las gracias cuando, en realidad, lo que quieren es abofetearte. Gran solía decir que estaba mejorando en mis lecturas de las situaciones –«Un poquito cada día, cariño»–, pero ahora, sin ella, me cuesta. Antes, en cuanto terminaba de trabajar, me apresuraba a llegar a casa, abría la puerta de nuestro piso y le hacía las preguntas que había ido acumulando durante el día: «¡Ya estoy en casa! Gran, ¿el ketchup funciona con el latón o es mejor que siga usando sal y vinagre? ¿Es verdad que hay gente que toma el té con nata? Gran, ¿por qué hoy me han llamado “Rumba” en el trabajo?».

Sin embargo, ahora, cuando la puerta de casa se abre, no hay ningún «Ay, Molly, cariño, ven aquí y te lo explicaré», ni ningún «Vamos a tomar una buena taza de té y aclararemos todo eso». Ahora, nuestro acogedor piso de dos dormitorios da la sensación de estar vacío, sin vida, hueco, como una cueva. O un ataúd. O una tumba.

Creo que el hecho de que no me resulte fácil leer las caras y las expresiones hace que siempre sea la última persona a la que alguien invitaría a una fiesta, y eso que me encantan. Al parecer, mis conversaciones se vuelven incómodas y, si se da credibilidad a los rumores, no tengo amigos de mi edad. Siendo honesta, esto es cierto al cien por cien. No tengo amigos de mi edad; de hecho, tengo pocos amigos de cualquier edad.

Pero en el trabajo, cuando llevo puesto el uniforme, me mimetizo. Me convierto en parte del decorado del hotel, como el papel pintado de rayas blancas y negras que adorna muchos pasillos y habitaciones. Con mi uniforme, mientras mantenga la boca cerrada, paso desapercibida. Podrías verme en una rueda de reconocimiento policial y no me señalarías aunque te hubieses cruzado conmigo diez veces ese mismo día.

Hace poco cumplí veinticinco años, «un cuarto de siglo», diría mi abuela en este momento si pudiera decirme algo. Pero no puede, porque está muerta.

Sí, muerta. ¿Por qué utilizar otras palabras cuando es lo que es? No se fue, como si fuera una suave brisa que le hacía cosquillas al brezo. No falleció. Murió. Hace más o menos nueve meses.

El día siguiente a su muerte se levantó agradable y cálido, y yo acudí al trabajo, como siempre. Al verme, el señor Alexander Snow, el director del hotel, se sorprendió. Me recuerda a un búho. Sus gafas de concha son demasiado grandes para su rostro achaparrado. Lleva el pelo, cada vez menos espeso, peinado hacia atrás y con un pico de viuda. En el hotel, excepto yo, nadie siente mucho aprecio por él. Gran solía decir: «No hay que preocuparse de lo que piensen los demás; lo que importa es lo que pienses tú». Y yo estoy de acuerdo con ella. Hay que vivir según el código moral propio y no seguir al rebaño con los ojos cerrados.

–Molly, ¿qué haces aquí? –me preguntó el señor Snow cuando me presenté a trabajar al día siguiente de la muerte de Gran–. Te acompaño en el sentimiento. El señor Preston me ha dicho que tu abuela falleció ayer. Ya había avisado para que te sustituyeran. Suponía que te tomarías el día libre.

–¿Y por qué supuso eso, señor Snow? –pregunté–. Como Gran solía decir, cuando se suponen cosas, lo único que se consigue es quedar como un imbécil.

El señor Snow parecía que iba a regurgitar un ratón.

–Te doy mi pésame. ¿Seguro que no quieres tomarte el día libre?

–Es Gran la que ha muerto, no yo –respondí–. Ya sabe, la función debe continuar.

Puso los ojos como platos. ¿Quizá implicaba estupefacción? Nunca entenderé por qué la gente encuentra la verdad más chocante que las mentiras.

Aun así, el señor Snow cedió.

–Como quieras, Molly.

Unos minutos más tarde, ya estaba en el piso inferior, en uno de los vestuarios, poniéndome el uniforme de camarera como hago cada día, como he hecho esta misma mañana y como haré mañana a pesar de que otra persona –aunque no mi abuela– ha muerto hoy. Y no en casa, sino en el hotel.

Sí. Así es. Hoy, en el trabajo, me he encontrado con un huésped bien muerto en su cama. El señor Black. El mismísimo señor Black. Aparte de eso, mi jornada ha transcurrido con total normalidad.

¿No resulta de lo más interesante cómo un evento de proporciones sísmicas puede cambiar tus recuerdos de lo ocurrido? Los días laborales por lo normal se solapan, las tareas se entremezclan. Las papeleras que he vaciado en el cuarto piso se fusionan con las del tercero. Juraría que estoy limpiando la

suite 410, la habitación esquinera con vistas al lado oeste de la calle, aunque, en realidad, me encuentro al otro extremo del hotel, en la habitación 430, la de la esquina oriental, que es justo un reflejo inverso exacto de la *suite* 410. Pero entonces, sucede algo fuera de lo corriente –algo como encontrar al señor Black bien muerto sobre su cama– y, de repente, el día cristaliza y pasa de estado gaseoso a sólido en un instante. Cada momento se convierte en memorable, en único, muy diferente de todos los días laborables que ha habido en el pasado.

Ha sido hoy, sobre las tres de la tarde, casi a punto de finalizar mi turno, cuando ha ocurrido el evento de proporciones sísmicas. Ya había terminado de limpiar todas las habitaciones que tenía asignadas, incluyendo la *suite* del ático de los Black en el cuarto piso, pero he tenido que regresar para limpiar el baño.

Espero que nadie piense que soy descuidada o desorganizada en mi trabajo solo porque he tenido que limpiar el ático de los Black dos veces. Cuando hago una habitación, la ataco de principio a fin. Queda inmaculada y prístina –no hay superficie por la que no pase el trapo, no dejo ni una mota de polvo–. «La limpieza nos acerca a Dios», solía decir Gran, y creo que, de entre todos los dichos populares, es uno que hay que tomar en consideración. Yo no limpio por encima; yo saco brillo. No dejo huellas dactilares ni manchas.

Así que no ha sido que me haya entrado pereza y haya decidido no limpiar el baño cuando he hecho la *suite* de los Black esta mañana. *Au contraire*, el baño estaba ocupado durante mi primera visita. Giselle, la esposa actual del señor Black, entró poco después de que yo llegara. Y aunque me dio permiso (más o menos) para limpiar el resto del ático mientras se duchaba, se rezagó durante tanto rato que unas nubes de vapor empezaron a serpentear por debajo de la rendija de la puerta del baño.

El señor Charles Black y su segunda esposa, Giselle Black, son huéspedes habituales del Regency Grand. Todo el mundo en el hotel los conoce; todos en el país conocen sus vidas. El señor Black se hospeda –o, mejor dicho, se hospedaba– con nosotros durante al menos una semana al mes para supervisar sus negocios inmobiliarios en la ciudad. El señor Black es –era– un empresario notable, un magnate, uno de los grandes. Él y Giselle a menudo amenizaban las páginas de sociedad. Lo describían como «un zorro plateado de mediana edad» aunque, seamos claros, ni es plateado ni tampoco un zorro. A Giselle, por su parte, se la describía con frecuencia como «una *socialité* joven y esbelta, un trofeo».

Yo encontraba esta descripción elogiosa, pero cuando Gran la leyó, no estuvo de acuerdo. Al preguntarle por qué, dijo: «Es por lo que se dice entre líneas, no por lo que han escrito».

El señor y la señora Black llevan casados poco tiempo, unos dos años más o menos. Aquí, en el Regency Grand, hemos tenido la suerte de que esta célebre pareja nos honre a menudo con su presencia. Nos otorga prestigio. Lo que, a su vez, equivale a más huéspedes. Lo que, a su vez, equivale a que yo tenga trabajo.

En una ocasión, hace más o menos veintitrés meses, mientras caminábamos por el Distrito Financiero, Gran señaló todos los edificios propiedad del señor Black. No me había dado cuenta de que un cuarto de la ciudad le pertenecía, pero sí, así es. O así era. Al parecer, si eres un cadáver, no puedes ser propietario de nada.

«El Regency Grand no le pertenece», había declarado una vez el señor Snow acerca del señor Black cuando este todavía estaba bien vivo. El señor Snow puntualizó este comentario con un extraño resoplido. No tengo ni idea de qué quería decir aquel resoplido. Una de las razones por las que le he cogido

cariño a la segunda esposa del señor Black es porque me habla abiertamente. Y con sus propias palabras.

Esta mañana, cuando he estado por primera vez en el ático de los Black, lo he limpiado de arriba abajo –menos el baño, que estaba ocupado por Giselle–. No parecía ella. Al llegar he advertido que sus ojos estaban rojos e hinchados. «¿Será alguna alergia? –me he preguntado–. ¿O tal vez tristeza?». Giselle no se ha explayado mucho. En lugar de eso, poco después de mi llegada, se ha metido corriendo en el baño y ha cerrado de un portazo.

No he permitido que su comportamiento interfiriera en la tarea que tenía entre manos. Más bien al contrario: me he puesto a trabajar de inmediato y he limpiado la *suite* con diligencia. Cuando todo estaba impoluto y en perfecto orden, me he quedado en pie ante la puerta cerrada del baño con una caja de pañuelos y me he dirigido a Giselle tal como me ha enseñado el señor Snow.

–¡Su habitación ha recobrado su estado ideal! ¡Regresaré más tarde para limpiar el baño!

–De acuerdo –ha contestado Giselle–. ¡Y no hace falta que grites, por Dios!

Al final ha salido del baño, y yo le he tendido un pañuelo por si sufría de verdad alguna alergia o estaba disgustada por algo. Esperaba que me diera un poco de conversación porque, por lo general, suele ser bastante parlanchina, pero me ha ignorado y se ha dirigido al dormitorio a vestirse.

A continuación, he salido de la *suite* y he limpiado las habitaciones de la cuarta planta, una tras otra. He mullido almohadas y he sacado brillo a los espejos dorados. He rociado con espray las manchas y rozaduras en el papel pintado y en las paredes. He hecho fardos con las sábanas sucias y las toallas húmedas. He desinfectado los inodoros y lavamanos de porcelana.

A mitad de mi cometido me he tomado un breve descanso que he aprovechado para empujar el carro hasta el sótano, donde he dejado dos enormes y pesadas bolsas de sábanas y toallas sucias en la lavandería. Pese a la falta de aire en esas dependencias, condiciones que se agravan por el resplandor de los fluorescentes y unos techos muy bajos, ha sido un alivio poder deshacerme de los fardos. Ya en los pasillos, me he sentido mucho más ligera, como si fuera rocío.

He decidido entrar en la cocina para hacerle una visita a Juan Manuel, un lavaplatos. He pasado zumbando por la maraña de pasillos, doblando las esquinas familiares –izquierda, derecha, izquierda, izquierda, derecha–, como si fuera un ratón listo y bien entrenado dentro de un laberinto. Cuando he llegado ante las grandes puertas de la cocina y las he empujado, Juan Manuel ha dejado sus quehaceres y enseguida me ha traído un vaso enorme de agua fría con hielo, lo cual he apreciado enormemente.

Tras una charla corta y agradable, me he marchado. A continuación, he repuesto toallas y sábanas limpias en las dependencias de Limpieza y Mantenimiento. Me he dirigido hacia el ambiente bastante más fresco de la segunda planta para empezar a limpiar una nueva serie de habitaciones, las cuales, sospechosamente, solo tenían propinas en calderilla, aunque hablaré de este asunto más adelante.

Para cuando he mirado el reloj, ya habían dado las tres de la tarde. Era el momento de regresar al cuarto piso y limpiar el baño del señor y la señora Black. Me he detenido ante la puerta de la *suite* y he aguzado el oído para comprobar si los huéspedes estaban dentro. He llamado, por protocolo. «¡Limpieza!», he anunciado en un tono alto y autoritario pero educado. No he recibido respuesta. He sacado mi tarjeta llavero maestra y he entrado en la habitación, seguida por el carrito.

—¿Señor y señora Black? ¿Puedo terminar de limpiar la *suite*? Me encantaría restituir su habitación a su estado ideal.

Nada. Resultaba evidente que marido y mujer habían salido, o eso he pensado. Mejor para mí. Podía aplicarme a fondo y sin interrupciones. He dejado que la pesada puerta se cerrara a mis espaldas. He examinado el salón. No conservaba el mismo estado de pulcritud y limpieza en que lo había dejado unas horas antes. Las cortinas estaban bajadas y cubrían las impresionantes ventanas de suelo a techo que dan a la calle, y había varias botellitas de *whisky* del minibar volcadas sobre la mesa de cristal, un vaso medio vacío junto a ellas, un puro sin fumar a su lado, una servilleta arrugada en el suelo y una depresión en el canapé, allá donde había descansado el trasero del bebedor. El bolso amarillo de Giselle ya no estaba donde lo había visto esa misma mañana, en el aparador de la entrada, lo que significaba que había salido por la ciudad.

«El trabajo de una camarera nunca termina», he pensado para mis adentros. He esponjado el cojín, lo he devuelto a su lugar y he alisado cualquier imperfección que quedaba en el canapé. Antes de limpiar la mesa, he decidido comprobar el estado del resto de las habitaciones. Daba toda la impresión de que tendría que limpiar de nuevo la *suite* desde cero.

Me he dirigido hacia el dormitorio, al fondo de la *suite*. La puerta estaba abierta, y uno de los lujosos albornoces blancos del hotel estaba tirado en el suelo, justo ante ella. Desde mi perspectiva privilegiada, veía el ropero del dormitorio, con una hoja apenas cerrada, exactamente como lo había dejado en mi primera visita esta misma mañana, puesto que, al tratar de cerrarla, la caja fuerte del interior del armario, que también estaba abierta, no me había permitido hacerlo. La mayor parte del contenido de la caja fuerte estaba intacto —he reparado en ello de inmediato—, pero los objetos que me habían causado

cierto asombro aquella misma mañana habían desaparecido visiblemente. De alguna manera, ha supuesto un alivio. He dejado de prestarle atención al ropero, he pasado con cuidado por encima del albornoz y he entrado en el dormitorio.

Ha sido en ese instante cuando lo he visto. Al señor Black. Iba ataviado con el mismo traje con doble botonadura que llevaba unas horas antes, cuando casi me derriba al toparnos en el pasillo, solo que el papel que guardaba en el bolsillo del pecho de la americana había desaparecido. Estaba tumbado sobre la cama, boca abajo. La cama estaba deshecha y arrugada, como si hubiese dado muchas vueltas antes de colocarse en esa posición. Apoyaba la cabeza en una almohada, no sobre dos, y las otras dos almohadas estaban transversales junto a él. Tendría que buscar la cuarta almohada obligatoria; estaba segura de haberla colocado al hacer la cama aquella misma mañana, porque, como se suele decir, todo reside en los detalles.

El señor Black no llevaba puestos los zapatos, que se encontraban al otro extremo de la habitación. Lo recuerdo bien porque un zapato apuntaba hacia el sur y el otro hacia el este, y supe de inmediato que, antes de abandonar la habitación, era mi deber profesional colocarlos para que apuntaran en la misma dirección y deshacer la maraña de cordones.

Por supuesto, lo primero que he pensado ante esta escena no ha sido que el señor Black estuviera muerto. Más bien que estaba haciendo una siesta, que dormía profundamente después de haberse tomado una copa de más en el salón. Pero, tras una observación más minuciosa, he advertido ciertas rarezas en la habitación. En la mesita a la izquierda del señor Black había un pequeño frasco de pastillas volcado, un medicamento que recordé que era de Giselle. Varias de aquellas pequeñas píldoras azules habían caído en la mesita, mientras que otras habían acabado en el suelo. Un par de ellas estaban aplastadas,

reducidas a un polvo fino que ahora estaba enterrado en la alfombra. Para que recobrara su estado ideal, requeriría de una buena pasada de aspirador a la máxima potencia, seguida de una pulverización de ambientador de alfombras.

No resulta habitual que me encuentre con un huésped dormido como un tronco al entrar en una *suite*. De hecho, para mi consternación, me topo más a menudo con huéspedes que presentan un comportamiento del todo diferente: *in flagranti*, como se dice en latín. La mayoría de los que desean dormir o dedicarse a actividades privadas son lo bastante atentos como para utilizar el aviso de NO MOLESTAR: zzzz, siempre disponible en el aparador de la entrada para este tipo de eventualidades. Y la mayoría de ellos gritan inmediatamente si, sin querer, los sorprende en un momento inoportuno. Pero con el señor Black no ha ocurrido así: no me ha gritado ni me ha ordenado que me «largara», como solía despacharme si me presentaba en un mal momento. En lugar de eso, ha continuado durmiendo como un tronco.

Ha sido entonces cuando me he dado cuenta de que, durante los diez segundos o más que había permanecido en el umbral de la puerta de su dormitorio, no lo había oído respirar. Puedo decir que, gracias a mi abuela, soy algo conocedora de la gente que duerme profundamente, y no hay nadie que lo haga de tal manera que deje de respirar por completo.

He creído prudente asegurarme de que el señor Black estaba bien. Eso también figura entre los deberes profesionales de una camarera. Con un pequeño paso me he acercado a él para escrutar su rostro. Y es entonces cuando he advertido lo hinchado y gris que estaba, lo claramente indispuerto que parecía. Con cautela, me he aproximado un poco más, por el lado derecho de la cama, y me he inclinado sobre él. Tenía las arrugas muy marcadas y la boca en una mueca, aunque eso, en el caso del señor

Black, no podía considerarse insólito. Alrededor de sus ojos había unas pequeñas y extrañas marcas, como si fueran pinchazos de un color entre rojo y morado. Justo en ese momento han sonado todas las alarmas en mi mente. Ha sido en ese preciso instante cuando he comprendido la inquietante situación: había más cosas que no encajaban de lo que había pensado al principio.

He alargado la mano hasta el hombro del señor Black y le he dado unos golpecitos. Me ha parecido rígido y frío, como un mueble. He colocado la mano delante de su boca, ansiosa por sentir el aliento, pero ha sido en vano.

–No, no, no –he implorado mientras ponía dos dedos sobre su cuello, buscando un pulso inexistente. Lo he tomado por los hombros y lo he zarandeado–. ¡Señor! ¡Señor! ¡Despierte!

Ahora que lo pienso me parece una tontería, pero en aquel momento me parecía bastante imposible que el señor Black estuviera realmente muerto.

Cuando lo he soltado, se ha desplomado y se ha golpeado el cráneo ligeramente contra el cabezal. Ha sido en ese preciso instante cuando he empezado a retroceder, alejándome de la cama, con los brazos rígidos y pegados a los costados.

He ido corriendo hasta la otra mesita, en la que está el teléfono, y he llamado a Recepción.

–Recepción del Regency Grand. ¿En qué puedo ayudarle?

–Buenas tardes. No soy una huésped. No suelo llamar para pedir ayuda. Soy Molly, la camarera. Estoy en la *suite* del ático, la 401, y me he encontrado con una situación de lo más insólita. Un desbarajuste poco corriente, por decirlo de algún modo.

–¿Y por qué llamas a Recepción y no a Limpieza y Mantenimiento?

–Yo soy Limpieza y Mantenimiento –he señalado, elevando el tono–. Por favor, ¿podría avisar al señor Snow de que hay un huésped que está... permanentemente indispuerto?

—¿«Permanentemente indispuerto»?

Es por esta razón que lo mejor es ser siempre directa y clara, pero, en aquel momento, he de admitir que había perdido el control, de manera temporal.

—Está bien muerto —he dicho—. Muerto en su cama. Llame al señor Snow. Y por favor, llame también a Emergencias. ¡De inmediato!

A continuación, he colgado. Para ser honesta, lo que ha ocurrido después parece irreal, como si fuera un sueño. Recuerdo los fuertes latidos de mi corazón, la habitación inclinandose como si estuviera en una película de Hitchcock, mis manos sudorosas y el auricular que casi se me resbala al ponerlo de vuelta sobre el aparato.

Ha sido entonces cuando he alzado la mirada. En la pared frente a mí había un espejo con un marco dorado, que reflejaba no solo mi rostro aterrorizado, sino también todo aquello de lo que no me había percatado antes.

El vértigo ha empeorado y el suelo ha empezado a girar, como si estuviera en una casa encantada de un parque de atracciones. Me he llevado la mano al pecho, en un intento fútil por calmar mi corazón tembloroso.

Resulta más fácil de lo que se podría pensar: existir a la vista de todos mientras permaneces bastante invisible. Es lo que he aprendido siendo camarera. Puedes ser una pieza importante, crucial, de la estructura y, al mismo tiempo, que te ignoren por completo. Es una verdad que puede aplicarse a todas las camareras, y según creo, a otros también. Es una verdad que raya lo cruel.

Me he desmayado un instante después. La habitación se ha oscurecido y yo, sencillamente, me he desplomado, como me ocurre otras tantas veces cuando la consciencia resulta abrumadora.

En este momento, sentada en el lujoso despacho del señor Snow, me tiemblan las manos. Tengo los nervios a flor de piel. Lo que está bien, bien está. Lo que está hecho, hecho está. Pero, pese a ello, no puedo evitar temblar.

Recurro al truco mental de Gran para calmarme. Cada vez que mirábamos una película y la tensión se hacía insoportable, ella tomaba el mando a distancia y la adelantaba. «Ya, ya... –decía–. No hace falta ponernos de los nervios cuando el final es inevitable. Lo que tenga que ser será». Eso es cierto para las películas, pero no tanto en la vida real. En la vida real, tus actos pueden cambiar los resultados: de triste a feliz, de decepcionante a satisfactorio, de equivocado a correcto.

El truco de Gran me ayuda. Adelanto y paro mi reproducción mental justo en el momento adecuado. El temblor disminuye enseguida. Todavía me encuentro en la habitación, pero ya no en el dormitorio. Estoy en la puerta principal. He ido de nuevo hacia el dormitorio a toda prisa, he levantado el auricular del teléfono por segunda vez y he llamado a Recepción. Esta vez, he pedido hablar con el señor Snow directamente. Cuando he oído su voz al otro lado de la línea, me he asegurado de expresarme con total claridad.

–¿Sí? ¿Qué sucede?

–Soy Molly. El señor Black está muerto. Estoy en su habitación. Por favor, llame a Emergencias de inmediato.

Más o menos trece minutos después, el señor Snow se ha presentado en la habitación seguido de un pequeño ejército de profesionales médicos y agentes de policía. Me ha sacado de allí, tomándome del codo como si fuera una criatura.

Y ahora me encuentro en su despacho, justo delante del vestíbulo principal, sentada en una rígida silla de respaldo alto y piel marrón que chirría cada vez que me muevo. El señor Snow se ha ido hace un rato –¿quizá hace una hora, tal vez

más?-. Me ha dicho que no me moviera hasta que él regresara. En una mano sostengo una agradable taza de té y una galleta de mantequilla en la otra. No puedo recordar quién me las ha traído. Me llevo la taza a los labios –está caliente, pero no quema, una temperatura ideal–. Mis manos todavía tiemblan ligeramente. ¿Quién me ha preparado esta taza de té tan perfecta? ¿Ha sido el señor Snow? ¿O alguien de la cocina? ¿Quizá Juan Manuel? Puede que haya sido Rodney, el del bar. Esa sí que es una idea deliciosa: Rodney preparándome una taza de té.

De repente, al bajar los ojos hacia la taza –una propiamente dicha de porcelana, decorada con rosas de color rosa y espinas de color verde–, siento que echo de menos a mi abuela. Muchísimo.

Me llevo la galleta a la boca. La mastico. La textura es crujiente; el sabor, mantecoso y exquisito. En conjunto, es una galleta deliciosa. Sabe dulce, tan dulce.